

Sombra, pero ya el hecho de nombrarlo
 Y de conjeturar su circunstancia
 Lo hace ficción del arte y no criatura
 Viviente de las que andan por la tierra.

Un tercer tigre buscaremos. Este
 Será como los otros una forma
 De mi sueño, un sistema de palabras
 Humanas y no el tigre vertebrado
 Que más allá de las mitologías,
 Pisa la tierra. Bien lo sé, pero algo
 Me imponé esta aventura indefinida,
 Insensata y antigua, y persevero
 En buscar por el tiempo de la tarde
 El otro tigre, el que no está en el verso⁴.

Pero al afirmar que la imposibilidad del poema radica en la incompatibilidad de los registros simbólico y real ¿hemos agotado verdaderamente la fuente de su inverosimilitud? El texto mismo nos obliga a buscar más allá. Según una de las versiones del final de la historia referidas por el narrador, el recitado del poema ha aniquilado el palacio. Este ha desaparecido, «como abolido y fulminado por la última sílaba». En efecto, dicen los partidarios de esta versión, no puede haber en el mundo dos cosas idénticas. Se puede leer en esta afirmación una referencia bastante clara a la tesis leibniziana de la identidad de los indiscernibles. Pero más allá de lo gracioso de este guiño alusivo, la teoría propuesta remite a toda la problemática de lo Uno y lo Múltiple. Al admitir que el poema contiene un duplicado perfecto del palacio, este duplicado ¿puede ser otro que el palacio mismo? Si es otro, habrá que admitir, contradiciendo a Parménides, que el no-ser es, puesto que la nada que distingue al palacio del poema del palacio original es, sin embargo, suficiente para hacer de él otro. Pero si es el mismo, contendrá al poema que lo describe; se contendrá, pues, a sí mismo en un palacio que lo contendrá a su vez a él. Acaso para evitar el vértigo estéril de esta confrontación especular, el palacio se desvanece, abolido por la repercusión de la última sílaba. De esta abolición, sin embargo, el poema mismo no sale indemne. Perdido para la posteridad, objeto de vana aspiración para interminables generaciones de buscadores, se une al palacio en el aniquilamiento de éste: uno y otro desaparecen en una misma emisión de voz.

Se siente uno tentado de reconocer, en esta «parábola», una plasmación, particularmente condensada, que se da a un tema esencial en la obra de Borges. Se trata, una vez más, del deseo inherente a la literatura de igualar o de eclipsar a lo real; de la ambición, cuya futilidad se reconoce de antemano, tanto de dar forma simbólica al Universo en cuanto totalidad, como de adueñarse de su secreto, mediante el desciframiento de una escritura absoluta. Entre las ficciones y los poemas de Borges, los más característicos están contruidos alrededor de innumerables formas de esta ambición, de sus previsibles fallos y de sus decepcionantes aciertos. Borges bus-

⁴ J.L. Borges, «El otro tigre», *Obra poética*, Alianza-Emecé, pág. 138.

cando al tigre «que no está en el verso»; Spinoza urdiendo en su ética el «Mapa infinito» del Dios amado al que nada falta; los cabalistas ampliando su búsqueda de un sentido total a los rasgos más contingentes de la Escritura; Carlos Argentino utilizando su precioso Aleph para la confección del inventario, verídico o irrisorio, de un fragmento cualquiera del Cosmos, son algunas de las formas, tan diversas como puedan serlo, del fracaso de esta ambición⁵. En cuanto a los aciertos, tienen por lo general un sabor más amargo o incluso un alcance más trágico. El sacerdote azteca que logra, después de largos sufrimientos, leer la escritura del dios en los dibujos advertidos en el pelaje de una fiera, pierde en ello el ansia de salvación y la voluntad de venganza, y con ellos el sentido mismo de su búsqueda. El rabino de Praga al que la posesión de la palabra del universo confiere un poder creador emparentado con el de Dios, se vale de él para dar nacimiento a un torpe autómeta, cuya presencia equívoca y molesta provoca el susto del gato de la sinagoga y el malestar del rabino. Los sabios inventores de Tlön ven coronada de éxito su vasta empresa de crear un universo de papel que suplanta al mundo real, pero por eso mismo este mundo nuevo y creado a partir de cero no hace más que imponer una máscara diferente al universo de siempre, imposible de conocer, y la satisfacción de su triunfo se frustra en el anonimato de la empresa y en el carácter abierto, inacabable de la Enciclopedia⁶. En fin, la inmensa Biblioteca de Babel, una vez que su secreto ha sido desvelado por un hombre de talento, a la vez lógico y lingüista, proporciona a sus moradores la certeza exultante de poseer en ella la totalidad de lo que se puede escribir. A la euforia sucede rápidamente la desesperación, cuando los bibliotecarios se percatan de que el saber absoluto que se les ofrece en los anaqueles, al alcance de la mano, les es a pesar de ello inaccesible; la Biblioteca les resulta tanto más extraña e inviolable cuanto más de cerca se les brinda. Aun cuando ocurra el más improbable de los sucesos, a saber: que entre la monstruosa inmensidad de la letra venga a dar, con aquella verdad que les interesa a ellos personalmente, serán incapaces de reconocerla; la verdad, irreconocible, perdida en un farrago abrumador que va del absurdo más manifiesto a la falsificación más páfida, no podrá reconfortarlos con ninguna certidumbre. El catálogo de la Biblioteca, si lo encontrasen, no haría sino remitirlos una vez más al agotamiento de las posibilidades combinatorias. Los libros, inclasificables salvo por la reduplicación de sí mismos o por una cifra, no serían capaces de encontrar en un título la condensación o la promesa de su sentido⁷.

⁵ Cf. «Spinoza», en *El otro, el mismo*, Buenos Aires, Emecé Ediciones, 1969, pág. 193; «Una vindicación de la cábala», en *Discusión*, Buenos Aires, Emecé Editores, pág. 55-60; «El Aleph», en *El Aleph*, Buenos Aires, Emecé Editores, 1957, págs. 151-169.

⁶ Cf. «Las ruinas circulares», en *Ficciones*, *cit.*, págs. 61-69; «El Golem», en *El otro, el mismo*, *cit.*, págs. 47-49; «Tlön, Uqbar, Orbis Tertius», en *Ficciones*, *cit.*, págs. 13-16.

⁷ Cf. «La Biblioteca de Babel», *cit.* Se puede encontrar una discusión del problema del catálogo de la Biblioteca en el artículo de Maurice-Jean Lefebvre, «Qui a écrit Borges?» (L'Herne, 1964, pág. 224). Lefebvre hace en él la afirmación inexacta de que el catálogo de la Biblioteca es imposible porque supondría una segunda Biblioteca idéntica a la primera. El argumento que ofrece es, sin embargo, de un gran interés y permite llegar a una conclusión diametralmente opuesta.

Los ecos de «Parábola del palacio» como variaciones de un mito

En el conjunto de estas ficciones, que cabe concebir como etapas en la vía de una exploración que es la de Borges, exploración de las aporías de la letra en cuanto ésta trata de coincidir con el imposible real, «Parábola del palacio» encierra un enigma singular. Este texto ha llamado poco la atención, en líneas generales, de los críticos y de los lectores⁸. No ofrece una inventiva sensacional, no inaugura un símbolo inolvidable como la Enciclopedia de Tlön o el Minotauro que aguarda, en el fondo de su antro solitario, la liberación que aporta su matador. Pero el rigor de su redacción, la densidad y la coherencia de la malla de alusiones que ofrece, hacen de él una suerte de espejo del conjunto de los escritores de Borges. Muchos rasgos dan a este texto un cariz extraño, la pirueta final o el estallido de la fábula parece apagarse en una vislumbre de burla, las veladas contradicciones que tejen la narración, y sobre todo, una ambición oculta y quizá ignorada por el autor mismo. Porque la parábola parece reduplicar la hazaña imposible del poeta cuya memoria evoca. Si no contiene al universo, del que es metáfora el palacio, contiene al menos la alusión evocadora a todos los trazados laberínticos cuyo hilo se despliega a través del universo de los poemas y de los ensayos de Borges.

En este juego de alusiones lo primero que llama la atención es la existencia de por lo menos dos textos que recuerdan, por concordancias temáticas evidentes, al de la parábola. Uno es el ensayo titulado «El sueño de Coleridge⁹», que precede a la parábola en una quincena de años, y el otro uno de los cuentos del *Libro de arena*, publicado diez años más tarde. El ensayo refiere el singular destino del palacio que construyó el emperador mongol Kublai. Una leyenda persa, transmitida por un compilador del siglo XIV, y conocida en Occidente en fecha tardía, cuenta que el emperador hizo construir el palacio conforme a unos planos revelados por un sueño. En 1798, Coleridge compuso el extraño poema titulado *Kubla Khan*. Al publicarlo, añadía una relación que explicaba las circunstancias de la génesis del poema. En una ocasión en que, enfermo, se había retirado a su casa de campo, el poeta se durmió en su sillón tras haber leído la frase siguiente: «Allí fue donde el khan Kubla hizo construir un palacio que daba a un jardín espléndido. Y así diez mil cuadrados de tierra fértil fueron cercados de un muro.» Al despertar, compuso el poema conforme al recuerdo intacto de un sueño, «si a decir verdad, se puede llamar componer al hecho de ver las imágenes alzarse en uno como objetos reales y producir automáticamente las expresiones correspondientes¹⁰». Pero, interrumpido en su tarea por una visita inoportuna, se vio imposibilitado de continuar escribiendo al dictado

⁸ Se puede señalar, sin embargo, que Anzieu consagra algunas líneas a «Parábola del palacio» en su artículo sobre los cuentos de Borges. Cf. Didier Anzieu, «Le corps et le code dans les contes de Borges», en *Le Corps de l'oeuvre, Essais psychanalytiques sur le travail créateur*, París, Gallimard, 1981, pág. 313.

⁹ En *Nuevas inquisiciones*, Buenos Aires, Emecé Editores, 1960, págs. 25-30.

¹⁰ «Du fragment de *Koubla Khan*», en S.T. Coleridge, *Le Dit du Vieux Marin, seguido de Christabel y Koubla Khan*, París, José Corti, 1947, pág. 88 (trad. de Henry Parisot).